

gualidad, y no fué con esto sino más odiosa: se reconocía en los príncipes el derecho de reforma; mientras estuvo el protestantismo en su movimiento ascendente, sirvió á la Reforma ese poder: las poblaciones fueron impulsadas por el ejemplo y por la autoridad de sus señores; mas cuando vino la reaccion, los príncipes católicos ejercieron á su vez el derecho de reforma para atraer á los descarriados al seno de la Iglesia. En Polonia, donde el protestantismo más radical tenía numerosos partidarios, aflige al historiador el mismo espectáculo. De violencia en violencia se llegó á una guerra furiosa que desoló á Alemania durante treinta años y se extendió á todo el Occidente. En fin, agotadas las fuerzas de la cristiandad, se firmó la paz de Westfalia.

Contra ella protestaron los papas, que habrían querido eternizar la guerra. Impulsando á la monarquía á la persecucion, concluyeron los vicarios de Dios con los reyes una alianza impía para la destruccion de la Reforma y del libre pensamiento. ¿Por qué pusieron los príncipes sus tesoros y la vida de sus súbditos al servicio de la Iglesia, su rival, su natural enemiga? No era enteramente interesado aquel celo religioso; la alianza de los papas y de los reyes no fué sino una liga de ambicion. Considerábase en el siglo XVI la unidad religiosa como un elemento de poder y la diversidad de religion como un principio de division y de anarquía. Hoy ya no es la unidad de religion condicion de unidad política y de paz interior, lo cual proviene de la debilitacion de las creencias cristianas, y, sobre todo, de su trasformacion: la religion no es ya una cosa exterior, sino una relacion intima del hombre con Dios; y de aquí una tolerancia reciproca que impide á la religion convertirse en fuente de desunion, de odio y de guerra. Enteramente diversa era la situacion del siglo XVI. La religion había sido una hasta entónces; el cisma protestante rompió la unidad, y esta excoision no podía producirse sin violentas disensiones. Bajo el punto de vista de las ideas religiosas de la Edad Media, los protestantes eran criminales, y los peores de todos, culpables de lesa majestad divina: rebeldes contra Dios, ¿cómo se podía esperar de ellos que obedecieran á sus príncipes? Cuando en un mismo país se encontraban dos confesiones diferentes, la guerra era inevitable; la condicion de paz que tenemos hoy, la tolerancia, faltaba; la in-

tolerancia, que reinaba en las costumbres, era una causa de discordias y de debilidad para los Estados. Había todavía otro peligro para la paz y para la unidad nacional. El cristianismo tradicional es una religion del otro mundo; sacrifica la vida presente y todas sus afecciones á la vida futura, y de aquí una relajacion inevitable de los vinculos de la patria. No encontrando apoyo dentro del Estado, buscaron los protestantes fuera de él, en el extranjero, una garantía para el ejercicio de su culto. Lo propio hicieron los católicos. En todas partes prevaleció la comunidad de las creencias sobre los deberes del ciudadano: los católicos franceses se unieron con el enemigo mortal de Francia, con España; los hugonotes se aliaron con los Ingleses, los Alemanes con los Franceses, los Suizos con los Austriacos.

Compréndese que esta disolucion de todos los vinculos sociales inspirara vivos temores á los príncipes, y, por consecuencia, una profunda antipatia á la Reforma. Felipe II escribia al emperador de Alemania: "El interes del Estado se liga de tal modo al mantenimiento de la religion, que ni la autoridad de los príncipes, ni la concordia entre los súbditos, ni la paz pública pueden subsistir con dos religiones diferentes," (1). Fernando II, en su edicto sobre el restablecimiento del catolicismo en Bohemia, declaró que con la diversidad de religion no hay ni paz, ni obediencia al príncipe, ni concordia entre los súbditos (2). Buen cuidado tuvieron los papas de decir á los reyes que la única garantía de estabilidad para los reinos era el temor de Dios y el respeto al papado, establecido por Jesucristo para gobernar á su Iglesia, y que las nuevas sectas eran ménos una rebelion contra la santa sede que una insurreccion contra la autoridad real (3).

Y no carecian de fundamento estas previsiones y estos temores: es bien cierto que la teoría y el hecho de la república proceden de la Reforma. Esta tendencia del protestantismo fué lo que lo hizo sospechoso á los reyes de Francia: "Se afilian á la

(1) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. II, p. 56.

(2) "Discrepantiam in religione nullam firmam et constantem pacem et sinceram obedientiam, ac confidentiam tum erga magistratum, tum erga subditos in aliquo regno aut regione afferre aut conservare posse" (CARAYA, *Germania sacra restaurata*, p. 297). Comp. Edicto de 1625 (Ib., segunda parte, p. 150).

(3) Carta de Julio III á los nobles de Polonia (RAYNALDI *Annals*, a. 1553, § 41).—Carta de Paulo IV á Maximiliano, rey de Bohemia (RAYNALDI, 1556, § 17).

antigua religion, dice un político hábil, aunque no sea sino por quitar á los hugonotes el pretexto de libertad, cosa tan contraria al imperio absoluto que están acostumbrados á ejercer los reyes de Francia," (1). Los mismos príncipes protestantes desconfiaban casi tanto del espíritu de libertad que agitaba á las sectas más avanzadas de la Reforma como de la ambicion de los sucesores de San Pedro (2). Esto explica la política en apariencia contradictoria de Isabel: protestante por interes, persiguió, sin embargo, á los puritanos, como si previera que estos atrevidos sectarios habían de hacer rodar un dia la cabeza de un rey bajo el hacha del verdugo. Por oposicion al principio revolucionario del protestantismo, se consideraba el catolicismo como un elemento conservador. Los Venecianos, cuyo gobierno aristocrático era esencialmente inmutable, profesaban la máxima de que el cambio de religion importaba necesariamente un cambio en el Estado (3). Esta era la política de todos los príncipes italianos, y la llevaron hasta la más mezquina intolerancia. El duque de Toscana velaba porque todos sus súbditos asistiesen á la comunión, y en su santo celo, hacia que le diesen cuenta del número de hostias que el clero distribuía (4).

III.

Como se ve, la alianza del papado y de los reyes era una cuestion de interes político; á ella fueron extrañas las convicciones religiosas; y por esto no llegó precisamente la reaccion católica, á pesar de sus éxitos parciales, á destruir el protestantismo. ¡Grande enseñanza para la humanidad! Hay hombres que dicen que la fuerza rige el mundo. Esta triste doctrina es la negacion de un gobierno

providencial, la negacion del desarrollo progresivo del género humano; mas dichosamente la desmiente la historia, enseñándonos á cada página que las ideas rigen el mundo. Cuando la fuerza se pone al servicio de las ideas, no sale victoriosa la violencia, sino el pensamiento; y si, por lo contrario, se emplea la fuerza en destruir la verdad, puede vencer temporalmente, pero su triunfo definitivo es imposible. En vano reconquistó el catolicismo una parte del terreno que había perdido; su victoria parcial fué una verdadera derrota. Al fin del siglo XVI se estaba en pleno movimiento católico. Los papas combatían el protestantismo en el Norte, en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en los Países-Bajos. En el Norte se creían ya seguros de la victoria y contaban con la conversion de Suecia para reconquistar una parte de Alemania: bellos ensueños que se desvanecieron, produciéndose una violenta reaccion en el luteranismo sueco. En Inglaterra persiguió á Isabel el papado con las conjuraciones, con el asesinato y con las armas de Felipe II. El complot fracasó como la armada. En Francia identificaron los papas su causa con la de la liga; mas fueron los políticos quienes triunfaron, y con ellos el galicanismo, es decir, un cisma mitigado. En los Países-Bajos, la santa sede conservó la Bélgica; pero las provincias septentrionales formaron una república protestante que quebrantó el poder de España, este brazo armado de la Iglesia. En Alemania, la lucha tenía por objeto extirpar el protestantismo, y una paz solemne reconoció la existencia de la Reforma. El catolicismo reunió de nuevo todas sus fuerzas en el siglo XVII, y las circunstancias lo favorecían: Enrique IV había muerto; Francia estaba desgarrada por las facciones; una regente extranjera sufría la influencia de España y de Roma; había muerto Isabel; un rey charlatan y escritorzuelo preparaba en Inglaterra las sangrientas perturbaciones que la desgarraron bajo el reinado de su hijo, y un nuevo Felipe II ponía en Alemania su fanatismo y su poder al servicio del catolicismo. Sin embargo, la guerra de treinta años condujo otra vez al reconocimiento del protestantismo, y la paz de Westfalia puso fin para siempre á las invasiones de Roma.

Era imposible que el catolicismo triunfara, porque su victoria exclusiva hubiera sido el triunfo del error sobre la verdad. La reaccion católica siguió la ley de toda reaccion: volvió á honrar las supers-

(1) GRANVELLE, *Papiers d'État*, t. VIII, p. 119.—TAVANNES dice que Enrique II era hostil á la Reforma, porque creía que los nuevos cristianos aspiraban al gobierno del Estado, queriendo convertirlo en democracia (*Mémoires*, t. II, p. 111).

(2) Isabel dice al embajador de Francia que la lucha de protestantes y católicos era un peligro para todos los príncipes, sosteniendo los protestantes que podían sustraerse á la obediencia de los soberanos, según Dios y la conciencia, y depone-nerlos de su estado; y declarando por su parte también el papa confiscados y vacantes los Estados de los que tenía por cismáticos ó herejes (*Correspondance de Fénélon*, t. III, p. 4).

(3) "Mutationem religionis omnibus temporibus mutationem status secum tulisse" (Carta de André Christiani al conde de Nassau, en GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, t. VII, p. 221).

(4) "Perche, dice el embajador de Venecia, suol sempre dire, che l'alterazione è mutazione della religione porta con sé il pericolo manifesto della mutazione degli stati" (ALBERI, *Relazioni degli ambasciatori veneti*, 2.^a serie, t. I, p. 326).

ticiones que los protestantes habían desechado; y donde quiera que llegó á extirpar la Reforma, recobraron el favor de las masas los milagros, el culto de los santos y de las reliquias, las peregrinaciones y las pequeñas devociones. En cuanto á las clases ilustradas, hicieron igualmente alarde de un gran celo por estas prácticas; pero con frecuencia ocultaba la hipocresía pasiones bien mundanas, la codicia y la ambición. De esta época data el repugnante espectáculo de la religión convertida en instrumento de poder y de influencia: se hacían católicos por cálculo, por interés, y cuanto menos religiosos eran, más afectaban serlo: señal evidente de la decadencia de una religión.

Así las victorias del catolicismo no son más que aparentes; en realidad, la reacción católica condujo á la hipocresía y á la incredulidad. Resultado inevitable: descansando el catolicismo en la falsa idea de una revelación milagrosa, no se puede mantener sino por medios artificiales, la supers-

tición en las masas, la política en las clases dominantes. Pero también fué vencido el protestantismo: fué vencido, primero, porque no llegó á arrojar al Antecristo de Roma, como se había lisonjeado de lograrlo; después, porque perdió una parte del terreno que había conquistado, y, en fin, porque ha conservado los errores fundamentales del cristianismo tradicional. Para salvarse de la decadencia que amenaza al cristianismo histórico, el protestantismo se ve obligado á desertar de lo pasado, y entonces solamente es cuando manifiesta su verdadero carácter: su misión es realizar la idea del progreso en el dominio de la religión. ¿Quién, pues, sale vencedor de la lucha del catolicismo y el protestantismo? El cristianismo tradicional es vencido, y la filosofía es quien recoge los frutos de la victoria; ó, por mejor decir, el cristianismo histórico se transforma y prepara el camino á una nueva era religiosa.

CAPÍTULO II.

LA VIOLENCIA.

SECCION PRIMERA.

LA TEORÍA.

§ I.—La intolerancia cristiana.

Hay un gran escollo en el estudio de lo pasado: suelen con harta frecuencia los historiadores apreciar las doctrinas y los hechos según las últimas consecuencias á que han llevado, y fundándose en tales juicios retroactivos distribuyen el elogio ó la censura. Eso es una ilusión, porque es confundir el elemento providencial con el elemento humano y atribuir á los hombres una gloria que no pertenece sino á Dios. Hay que juzgar á los hombres según sus intenciones, por lo que han querido hacer y no por el fin al cual la Providencia conduce á la humanidad. Así hay que hacerlo al tratar de la tolerancia, fruto de las guerras de religión. Los protestantes profesan hoy la libertad religiosa, mientras que los católicos no la han aceptado jamás: la sufren, pero reprobándola. ¿Data esta oposición entre el catolicismo y el protestantismo de la lucha de las dos confesiones comenzada en el siglo XVI y proseguida hasta mediados del XVII? Así lo piensan muchos escritores, que condenan el catolicismo como la religión de la intolerancia y exaltan el protestantismo como la manifestación del libre pensamiento. Pero ese juicio no es exacto: protes-

tantes y católicos eran igualmente intolerantes en el siglo XVI. La tolerancia fué en verdad el término de la lucha; mas no se puede decir que fuera el objeto del combate; lo que más bien se disputaba era la dominación, y una dominación exclusiva; y si las guerras de religión acabaron por establecer la libertad religiosa, fué porque probaron que cada uno de los dos partidos era impotente para destruir al otro. La tolerancia es una verdadera revolución en los sentimientos religiosos de la cristiandad; es la abdicación de la presuntuosa doctrina de la verdad absoluta, milagrosamente revelada, y es, por consecuencia, una idea anticristiana, filosófica, á la cual debían ser los reformadores tan hostiles como la Iglesia de Roma. Pudiera decirse que, siendo el protestantismo un primer paso fuera del cristianismo tradicional, era por esto mismo un primer paso hacia la tolerancia; pero ésta no es un beneficio del protestantismo como tal, porque los protestantes no confesaban ni creían estar fuera del cristianismo tradicional; antes, por lo contrario, pretendían formar la verdadera Iglesia. En definitiva, la libertad religiosa se debe á la impotencia